

—Para que coma mi pobre mamá. Ahora eran los ojos del anciano que daban salida al bienhechor manantial del corazón.

—Te lo ha mandado tu madre? —No, señor, ha salido, y yo he venido aquí sin que ella lo sepa.

Aquel modesto empleado, profundamente conmovido, puso dos reales en la mano de la niña, besando su pura frente con religiosa admiración.

—Toma, corre á llevarlos á tu mamá! —Luísa rechazó la moneda con asombrosa dignidad.

—No quiero; manita me reñiría. Insistió aquel padre de familia, la moneda cayó al suelo, y la niña desapareció de la sala como una celeste visión.

La vuelta á la casa materna, la efectuó en pocos segundos, empapando de lágrimas el vestido azul de la muñequita.

—Ella, que había esperado traer un puñado de pesetas á su querida mamá! Por qué aquellos hombres no habían querido á su Flora, tan rica y hermosa?

Desconocida, sollozando, penetró en el sucio portal. En este momento, la temblorosa y varonil voz de un caballero, correctamente vestido, la detuvo sobresaltada.

—Por qué lloras, niña? —La pregunta encerraba tan paternal interés, era tan enternecida la mirada de aquellos expresivos ojos negros, tenían tanta nobleza las hermosas acciones del desconocido, que Luísa se tranquilizó, contentándolo como á un amigo.

—En el Monte de Piedad no han querido esta preciosa muñeca, y mamá y yo tenemos mucho hambre!

El desconocido palideció, enrojeció, se mordió los trémulos labios.

—¿Dámela?... —acertó á decir con apagado acento. —Yo te presto por ella cien pesetas! —Y añadiendo la acción á la palabra, aquel misterioso afortunado, entregó á la heroína un billete del Banco de España.

La inocente hija de la virtuosa Aurelia, lo tomó saltando de alegría, entregó al espléndido prestamista su amada Flora, sin preguntarle en donde debería ir á recogerla al día siguiente, dispuesta á subir volando la cascada escalera.

—No me das un beso? —imploró el caballero.

—No, señor, más me lo tiene prohibido.

Y fué saltando gradas arriba, y el desconocido salió á la calle, haciendo desaparecer sus lágrimas y la muñeca en el fino pañuelo de batista.

La desolada Aurelia abrazó á la niña llorando y riendo. La pobre madre había vuelto sin un céntimo, hallándose con la cruel sorpresa de la desaparición de su niña. La creta perdida para siempre, estaba enloquecida, y ahora que la tenía junto á su corazón, la besaba con delirio, ni remotamente pensó en reñirla.

Luísa contó su heroísmo con un embellecimiento que seducía el alma; sin embargo, al hablar de aquel generoso desconocido y ver el billete, las mejillas de la horada jóven se tiñeron de carmin.

—Sería otro miserable como Ricardo? La mirada de niña le interrogaba con penosa sorpresa.

—¿Criatura! —gritó la madre con doloroso enojo. —No sabes la grave imprudencia que has cometido!

Luísa se echó á llorar.

—¿Qué no comemos, mamá? —Si, hija mía pero no de este dinero, pronto vendrá un trapero, se llevará estos trastos, iremos á la fonda, y por la noche nos refugiaremos en casa de la lavandera.

En la puerta, abierta por desuido, apareció un hombre jóven, elegante.

—En mi palacio! —rectificó con humildad.

Aurelia dió un grito, se puso cada vérica. Luísa sonrió.

—Es el prestamista, mamá! —Es tu padre! —tartamudeó la

mártir, perdido los sentidos en los brazos del esposo arrepentido y amante.

JOSEFA MARIA FABRES.

IMPRESIONES de un misionero católico.

Termino copiando una página que he leído en las «Misiones Católicas» y que me ha impresionado fuertemente.

«Dios mío, cuántos pueblos viven todavía fuera de la verdad! En Europa, esto se olvida, no se vé y ni siquiera se sospecha. Y además ¡no dicen todos los libros que desde Constantino el Grande todo el universo es cristiano!

«Ay! y qué hacéis de tantos y tantos millones de hombres que, desde hace diez y nueve siglos, día á día va segando la muerte, sin que hayan aprendido siquiera á balbucear la primera letra del Evangelio? Ciertamente que no son Romanos, ni Italianos, ni Franceses, ni Españoles, ni Ingleses, ni Alemanes, ni Slavos; pero son hombres, son almas; y paeato que Nuestro Señor Jesucristo los contó en la Cruz, no deberían ser olvidados en los libros.

«No, no, el Universo no es cristiano, y jamás lo ha sido. ¿Qué son doscientos millones de convertidos, si quedan ochocientos millones por convertir?

«Y sin embargo, existe en el Evangelio un mandato que ordena anunciar á toda criatura que Dios le ha enviado un Salvador y que está abierto el cielo. Es una orden, no es un consejo. La Obra de la Propagación de la Fé no es en la Iglesia una obra de supererogación.

«¿Se ha comprendido siempre así? ¿Se comprende hoy así en toda la sociedad cristiana? ¿Hemos hecho todos lo que deberíamos hacer por la difusión del Evangelio? ¿Es un apóstol cada católico, como lo es cada musulmán?

«Dios mío! Despues de haber recorrido durante meses y años los diversos países en que jamás se ha levantado un altar al verdadero Dios, esto es lo que se pregunta en todas partes del mundo el misionero, cuando se detiene una tarde y mira en su derredor.»

MONS. LE ROY.

A LA VIRGEN MARIA. SONETO.

En el turquí del firmamento hermoso Se ostenta ¡oh Madre! tu sin par belleza; El alma ardiente palpita y se embelesa; Al mirar de tu trono los grandiosos.

El dulce amor mi corazón dichoso Lo encuentra, Madre excelsa, en tu pureza; Y en esa fuente de inmortal grandeza, La sed de mi dolor mitigo ansioso.

Desde ese solío que circunda el mundo Dirige tus miradas, cariñosa, A estos tus hijos, con amor profundo; Y en tu piedad, ¡oh Reina poderosa!

En la desdicha, apaga el iracundo Trueno con esa voz sublime y armoniosa.

ARTURO CELIS IZARBE.

Guadalupe de Zacatecas, Novbre. 29 de 1893.

DESDE LEJOS.

¡Qué hermosos son los campos, Los bendecidos campos de la patria, Cuando los vientos de la tarde tiemblan En el columpio de la verde acacia!

¡Qué hermosos son los campos, Los bendecidos campos de la patria, Cuando les da la manzanilla agreste Todo el perfume de sus flores blancas!

¡Qué hermosos son los campos, Los bendecidos campos de la patria, Cuando la espiga de la cruz los cerca, Y llera, entre los juncos, la calandria!

¡Qué hermosos son los campos, Los bendecidos campos de la patria,

Quando gimen la prima y la bordona

Bajo la noche de las quietas palmas?

¡Qué hermosos son los campos,

Los bendecidos campos de la patria,

Quando se sueña con los viejos sances

Junto á los ríos de la tierra extraña!

CARLOS ROXLO.

OCASO.

Bajan las sombras, agoniza el día; Rápidos cruzan la extensión lejosa, Celajes de oro, de amaranto y grana, Últimos besos que la luz envía.

La adusta noche en el confín espía, Con su lengua de bronce, la campana Habla de Dios á la conciencia humana, Que los hondos misterios desafía.

Abandonan los sueños su palacio, Se oye gemir un estertor profundo En las sendas azules del espacio.

Y el sol, al sepultarse en lontananza, Como vencido atleta moribundo, Rojos raudales de su frente lanza.

LEOPOLDO DIAZ.

LA POESIA.

—Es arte del demonio ó brujería Esto de escribir versos (le decía No sé si á Calderon ó Garcilaso, Un mozo más sin jingo que el bagazo.

—Enséñeme, maestro, á hacer siquiera Una oda chapucera.

—Es preciso no estar en sus cabales Para que un hombre aspire á ser poeta; Pero, en fin, es sencilla la receta.

Forme usted líneas de medida iguales, Y luego en fila las coloca juntas Poniendo consonantes en las puntas.

—¿Y en el medio? —¿En el medio! ¡Ese es el cuento! Hay que poner talento.

RICARDO PALMA.

PENSAMIENTO.

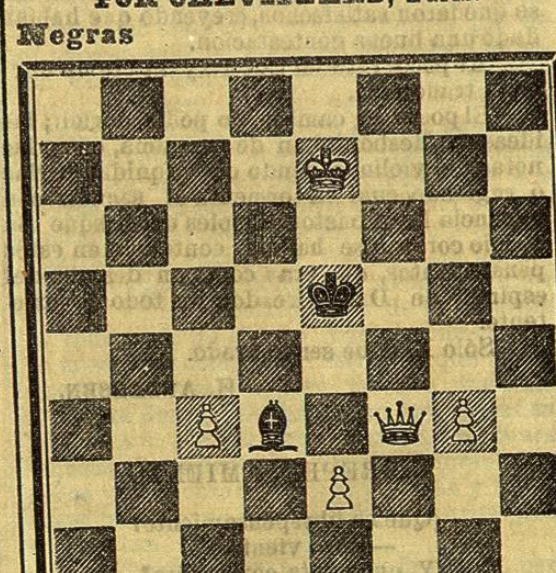
Baña el rocío en la estival aurora El cáliz de la flor, Mas ella nunca sabe quién le envía Consuelo y salvación.

Quando el llanto que brota de mis ojos Alivia mi dolor Cual rocío del alma le bendigo. ¡Sé que viene de Dios!

EDUARDO S. DE CASTILLA.

PROBLEMA DE AJEDREZ

NEGROS POR CHEVILLARD, Paris.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado.

1. P 4 A-A 3 C-3, P 5 A R-P toma P.-3, P 6 C-7-4, P 7 C-7-5, P 8 C(C)-4-4.

Correccion al problema publicado el domingo anterior.—F. A B. debe ser blanco.



Tomo III. México, Domingo 10 de Diciembre de 1893. Núm. 125

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XLIX

Acerqué el caballo á la puerta principal ¡Como me río ahora de aquellas timideces mías! Cerca de la hacienda, al descubrir el caserío á través de las arboledas, me sentí tentado de volverme á Villaverde, y desde allí escribir cuatro letras, dar las gracias al Sr. Fernández, y renunciar el destino. Me asaltaban tristes presentimientos; me dominaba la idea de que iba yo á ser mal recibido, y me pase temeroso y asustadizo. Temblaba yo al apearme del caballo; estaba yo rojo como una guindilla, y las miradas de cuantos en aquel instante me veían se me antojaron hostiles y burlonas, particularmente las de cierto manco muy gallardo que conversaba con otros empleados á la puerta del rayador. Mirábame de piés á cabeza, con cierta insistencia insolente y tenaz, como sorprendido de mi ridiculo aspecto de colegial convertido en jinete. Me dirigí al grupo, y pregunté por el Sr. Fernández.

—En el comedor... —me contestaron desdenosamente.

—Le aguardaré aquí....

El manco levantó los hombros y me señaló un asiento.

—No;—advirtió otro de los empleados, el de más edad—le esperan á vd.

Llamaron á un criado que me condujo hasta la puerta del comedor. Toda la familia estaba allí reunida. Fernández en la cabecera; cerca de él, á la izquierda, un niño, como de seis años, pálido y enclenque; en seguida

una señora que pasaba de los cuarenta, y á la derecha del dueño de la casa, Gabriela.

—Pase vd., joven;—me dijo el caballero con mucha cortesía—pensábamos que no llegaría vd., y le esperábamos para almorzar; pero llega vd. á tiempo. Tendrá vd. apetito, no? ¡Ah! El aire del campo.... Aquí tienen ustódes,—agregó dirigiéndose á las señoras—al jóven de quien me habla el Doctor. Tú, Gabriela, ya le cotocees.... Esta señora es mi esposa.... Este niño es mi hijo.... Pero ¡real sientése vd....

Y me señaló una silla al lado de la jóven. Despues prosiguió, sin darme tiempo para hablar.

—Este es Pepillo.... Aquí le tiene vd. enfermo. Pero ya vamos bien, ¿no es eso? Y pronto estará muy guapo y muy alegre....

El niño contestó con una sonrisa, dejándome admirar la hermosura de unos ojos negros muy brillantes y expresivos.

Mientras Gabriela me servía observé al chico. Era corcovado y tenía color de cadáver. Cansóme dolorosa impresión la figura de aquel pobre niño enfermizo y lisiado. Su rostro era el rostro de un polichinela: nariquilla de poeta satírico; boca grande y sarcástica; sonrisa burlona. El cráneo voluminoso, bien conformado, aousaba rara inteligencia, aterrador precoocidad. El pobre chico apuraba, á sorbos, una taza de leche, y no dejaba de mirarme.

El Sr. Fernández me habló de la belleza del camino, de la buena condición del caballo que me había mandado, y terminó preguntándome por mis tías.

—¿Y Angelina?—dijo la señorita. —Angelina.... en San Sebastián.... con el P. Herrera.... —contesté.

—Papá, ¿conoces á esa jóven? —No;—respondió el caballero—pero debe ser muy hermosa, y sobre todo muy estimable.... porque tú nos hablas de ella á cada instante.

—¿Verdad, señor,—dijo la señorita, dirigiéndose á mí—verdad que Angelina es una muchacha muy inteligente y muy cariñosa? Es compañera mía en la Conferencia, y todos la queremos mucho, mucho.... Y, dígame vd.: ¿por qué es tan retraída? Yo empeñada siempre en llevarla á casa, y ella excoasándose. Quando vd. la vea, dígame lo que quiero mucho, que la estime en todo lo que vale; y que hace mal en no corresponder á mi cariñosa amistad.

—No, señoritas;—me apresuré á replicar —Linilla, (así le decimos en casa) corresponde al afecto de vd. como es debido. Vd. hace de ella muchos elogios, y ella no escasea las alabanzas.

Entónces la señora preguntó con inoportuna curiosidad:

—¿Esa jóven es de la familia de vd.? —No, mamá;—interrumpió Gabriela—ya te he dicho la historia de Angelina. El P. Solís nos la contó una noche.... Esa muchacha es hija adoptiva del P. Herrera.

—Ah qué mamá!—exclamó el corcovado. —¿Qué memoria la tuya! Acuérdate, acuérdate.... El P. Solís contó la historia. Esa jóven....

—Calla, Pepillo; déjate de hablar de